



LUISMA MURIAS

Nieves Salaverri, sentada en una furgoneta, con Jou Marcos, a la izquierda, y Miguel Ángel Fernández, dos chavales del poblado del Cascayu.

«La Nieves», madre de todos los gitanos

Marta PÉREZ
«¡Monja, te voy a desvirgar con una barra de hierro y un yunque!». Ése fue el saludo de bienvenida que recibió la religiosa Nieves Salaverri Arengui (Vitoria, 1932) en una de sus primeras visitas al poblado gitano de Matalablima, hoy desaparecido. Salaverri, que acaba de recibir la medalla del Mérito al Trabajo de manos del ministro Celestino Corbacho, ha dedicado su vida a la lucha contra el analfabetismo, la erradicación del chabolismo y la integración de los gitanos. «Nunca les tuve miedo», precisa Salaverri, para cerrar la anécdota de aquella gitana que, hace treinta y dos años, brazos en jarra y a voz en grito, amenazó su honor.

La de Nieves Salaverri es una historia tan larga como rica en lecciones de superación. La repasa, sentada entre los suyos, con un álbum de fotos para el recuerdo y un puñado de recortes de hemeroteca. El escenario, el poblado del Cascayu, lindero del flamante centro comercial Parque Principado. Los suyos, los niños de Matalablima, los alumnos de «la Nieves» —así la llaman—, que se han hecho mayores.

La primera foto del álbum de la que Nieves Salaverri presume con orgullo es la de una chabola en Matalablima donde, en 1977, se estableció una escuela, dependiente del Colegio Público Guillén Lafuerza. «Recuerdo que la chabola costó 15.000 pesetas», explica la religiosa. Nieves Salaverri comenzó a dar clase a los niños de un poblado con un censo de 160 personas, 62 de ellas niños. «Dios me fue preparando para esta labor. Siempre fui alegre, sin prejuicios, con ganas de ayudar a los demás», dice. Con esta filosofía de vida fue sacando el proyecto adelante.

En el Cascayu, Pedro Montoya, mecánico de profesión, escucha atento las palabras de Nieves Salaverri. La monja hace una parada en el repaso a su vida para presentar al

La religiosa Salaverri, medalla del Mérito al Trabajo, repasa su lucha contra la injusticia social en el poblado del Cascayu



LUISMA MURIAS

Salaverri enseña la medalla del Mérito al Trabajo a su mejor alumno, Pedro Montoya.

«Una vez, en el poblado amenazaron con desvirgarme; nunca tuve miedo», afirma la monja

joven como «mi mejor alumno» y le enseña la medalla. «Está guapa la medalla, Nieves. Te la tenían que haber dado hace mucho tiempo. Nieves ha sido como una madre para mí. Me he criado con ella y me ha enseñado mucho. Ahora se preocupa por mis hijos», relata el joven,



LUISMA MURIAS

Un grupo de mujeres, en el patio del poblado del Cascayu.

mecánico de profesión, que después de trabajar tres años en una empresa ahora está en el paro. «Llevar el apellido Montoya no ayuda», se queja. Pedro Montoya no fue alumno de Nieves en Matalablima, sino en la etapa de Pumarín. La mujer, después de muchas batallas perdidas, ganó una muy importante. En 1986 sacó a un grupo de niños de Matalablima y se los llevó a Pumarín. Nieves Salaverri se fue con ellos. «Al principio algunos padres se quejaron, pero enseguida fueron acogidos», recuerda.

Unos años después se desataría el principio del fin del poblado de Matalablima, para construir pisos en el actual barrio de La Monxina. Nieves Salaverri intentó mediar en el conflicto, pero el poblado desapareció. Sus gitanos fueron trasladados a unos barracones en las inmediaciones del polígono del Espíritu Santo. De ahí, un grupo al Cascayu y otro a Santa Marina de Piedramuelle. «Los niños llenos de basura de Matalablima no son los mismos de hoy, han evolucionado, pero falta mucho», relata Nieves Salaverri. «Estos guetos no valen. Hay que buscar otras soluciones», explica mientras observa el camión de la basura, a la hora de comer, vaciando los contenedores del poblado. «Aquí no vienen de noche, Nieves», se queja uno de sus gitanos.

Salaverri dice que está jubilada, pero hay poco de cierto en eso. Los domingos se va al Campillín a ayudar a las mujeres a vender ropa en el mercadillo. Además, todos los miércoles acude al centro penitenciario de Villabona para impartir un taller de manualidades en el módulo 10. La religiosa se ha encontrado allí, en la cárcel, con alguno de sus viejos alumnos.

Nieves Salaverri deja el poblado para volver a su casa de Ventanieles y la vida sigue en el Cascayu. Un funcionario llega con una citación del Juzgado. «¿A quién buscas?». Nadie recoge la carta.